

flexiones y la diplomacia, zanjó admirablemente la cuestión, sin que nos ocurriera nada.

Fuera del Instituto, Castillo se movía en Cáceres como un cacereño. Era amigo de todos, actuaba en política, tenía actividades literarias, y sus relaciones iban desde los de abajo hasta los de arriba, desde los obreros a la más linajuda aristocracia.

Militante en el partido liberal, capitaneaba desde su puesto de director del diario «*El Noticiero*» campañas políticas y electorales con la más ardiente combatividad, lo que no era obstáculo para mantener cordialísima y auténtica amistad con los del bando conservador, al que pertenecía toda mi familia.

Sus hijos, Agustina, Pura, Diego y Luis, se consideraban también cacereños, ligados a la gente de Cáceres por amistad y cariño. Yo fui y sigo siendo amigo suyo.

Pasó el tiempo. Don Manuel Castillo y sus hijos se fueron de nuestra ciudad. Más tarde marcharon a Méjico. Un día, después de muchos años, recibí una carta de don Manuel. Había caído en sus manos un trabajo mío y me escribía emocionado, al verse convertido en lector de un lejano alumno.

Se inició así una correspondencia prolongada hasta su muerte. Evocábamos en nuestras cartas tiempos pasados, a la vez que se mezclaban en ellas noticias de nuestras vidas y actividades. Con frecuencia citábamos nombres como el de Emilio Criado Romero, un viejo amigo cacereño que él veía mucho en Méjico, y como los de Dionisio Acedo, Alejandro Sánchez Morales y Eduardo Málaga, fraternales condiscípulos que continuaban aquí conmigo.

Un día me llegó la triste noticia de la muerte de don Manuel, ocurrida en Méjico, el 25 de Enero de 1964, a la edad de noventa y cinco años cumplidos. Casi un siglo había estado latiendo aquel corazón inquieto y bondadoso.

En la pequeña historia cacereña y en mis *Recuerdos*, no podía faltar el nombre de don Manuel Castillo, que fue una institución en Cáceres y que para los que con él estudiamos, en el viejo edificio que alzarán los jesuitas en el siglo XVIII, sigue siendo, por antonomasia, el director del Instituto...

Cáceres = Aviñón

ESTA anocheciendo cuando llego a Aviñón. He pasado el ancho y caudaloso Ródano de aguas cenicientas por un moderno puente desde el cual he visto con insana complacencia el otro puente de Aviñón, el famoso de Saint-Bénézet, el que sólo tiene cuatro arcos y llega solamente a mitad del río. El puente, en fin, de la popular canción que todos los niños franceses entonan alborozados:

«Sur le pont d'Avignon,
On y danse, on y danse,
Sur le pont d'Avignon,
On y danse tout en rond.»

Acaba de llover, con fuerza, agua torrencial, de tormenta que aún dura, tormenta de nubes oscuras que sirven de telón de fondo sombrío a la histórica ciudad de los Papas y del Gran Cisma de Occidente. Aviñón se me presenta blanca, resplandeciente por la iluminación artificial de sus murallas y palacios, contrastando con el fondo negro de la noche cercana; las culebrillas de los relámpagos serpentean el cielo, dando al cuadro que se presenta ante mis ojos un tinte sobrecogedor y de misterio.

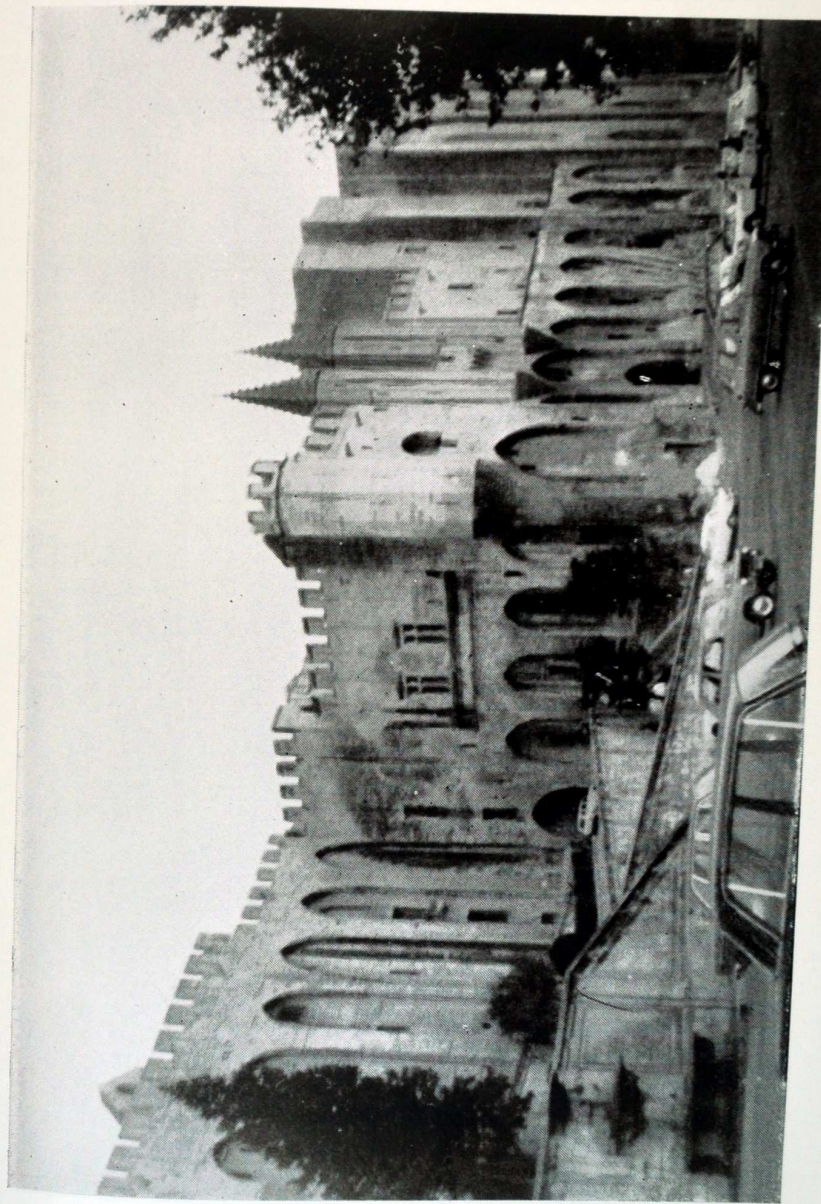
Desde que sali de Montpellier y entrado ya en las fértiles tierras provenzales, regadas por el Ródano he ansiado este momento. Aviñón me atraía, esta ciudad, posiblemente la más renombrada de ese siglo XIV, particularísimo y de transición donde empieza ya a desvanecerse la Edad Media; el siglo del Año Santo, y del Papa Bonifacio VIII, que tuvo que enfrentarse con aquel rey francés Felipe IV, el Hermoso, taimado y tenaz fuertemente nacionalista. El siglo XIV, fue asimismo el siglo donde se oponen por primera vez y con carácter agudo el poder temporal y el espiritual, siglo de humanistas precursores del Renacimiento que se avecinaba.

Hasta este siglo Aviñón, vivió tranquila, pero un papa errante, huyendo de la Roma tumultuosa e inestable la escogió para su sede. Este papa francés, arzobispo de Burdeos, que se llamó Bertran de Got, fue el papa Clemente V, el que suprimió la Orden del Temple, e inició en 1309 el denominado por todos los autores «cautiverio de Babilonia», que dura hasta el 1378, periodo en que el papado, depende prácticamente de los reyes de Francia. Todavía en los años finales del siglo XIV y principios del XV, Aviñón gozaría de celebridad, merced al llamado Gran Cisma de Occidente, que conmovió los cimientos de la fe, en toda Europa, en unos años que fueron los más críticos de la Historia de la Iglesia. Pero Aviñón perdió la partida, el último papa o antipapa Benedicto XIII, el indomable aragonés don Pedro de Luna, tuvo que salir apresuradamente de Aviñón, ayudado por las armas de sus paisanos, que fueron a rescatarle y en Peñíscola, murió abandonado de todos, incluso de castellanos y aragoneses sus principales valedores...

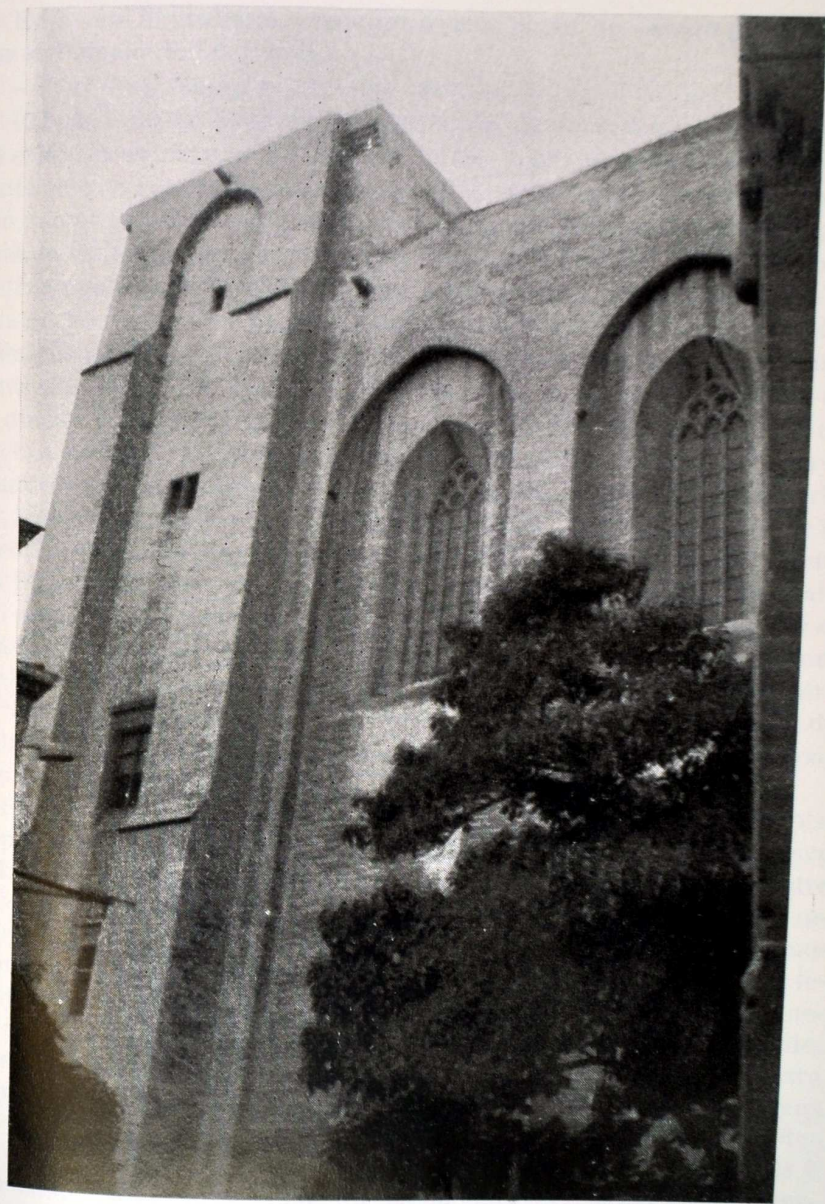
Aviñón es una ciudad de impresiones subjetivas. Petrarca encerrado en ella, trabajando sin descanso y sin su Laura, la maldijo en sus obras; sin embargo Daudet, siglos más tarde la ensalzó en términos alisonantes. Yo debo confesar que vengo bien dispuesto a visitarla, como cacereño, no es justo olvidar que aquí, en esta histórica ciudad, el Consejo de Europa, declaró a Cáceres, junto con Venecia y Nuremberg, las ciudades monumentales mejores de Europa...

Pero tengo que interrumpir mis recuerdos, frente a mí las murallas de Aviñón me devuelven a la realidad. Las contemplo con gusto, a plena satisfacción; están muy bien conservadas, hechas con sillares pequeños, bien labrados, no son muy altas y tienen el mismo color grisáceo de las aguas del Ródano... puertas de arcos apuntados con rondas almenadas de bello efecto. Su trazado arquitectónico es el característico de las construcciones provenzales y del Languedoc, con claras influencias lombardas. Murallas bonitas, casi femeniles—valga la expresión— de torneos galantes o de cuentos de hadas, diferentes totalmente de las recias de Avila, o de las macizas de tapial almohade de nuestro Cáceres.

Apenas llegado a Aviñón, después de desembarazarme del equipaje, abandono apresuradamente mi hotel en la *Rue Carnot*, y solo con un plano y mi máquina fotográfica me lanzo a la busca del Palacio Papal. Tanto me lo han ensalzado que mi curiosidad se impacienta. Me pongo a caminar por la *rue Petite Sauneri*, calle estrecha, solitaria, cruzada solamente, de vez en vez por alguna chica en bicicleta, a gran velocidad y con faldas increíblemente cortas...



AVIÑÓN.—Fachada principal del palacio papal. Siglo XIV. (Foto del autor).



AVIÑON.—Torre del palacio papal. Siglo XIV. (Foto del autor).

En la *rue Peyrollerie*, pregunto a una joven de oscuro pelo negro por el Palacio de los Papas.

—*Tout droit, avant vous...*—me contesta.

Luego inquiere la pregunta que he de oír repetidas veces durante mi estancia en Francia y en Suiza: quiere saber si yo soy italiano. Le contesto que español y se queda un poco seria, como extrañada, pero por poco tiempo, después se ilumina su cara con una sonrisa de despedida, la típica sonrisa de la mujer francesa femenina y cordial. Unos metros más y de improviso me encuentro junto a los contrafuertes del palacio por su parte trasera. Es un salto atrás en el tiempo... sobre los peñascos del Doms, roca viva, la mole arquitectónica de esta impresionante fortaleza. Me abruman sus torres, sobre todo la de Trouillas, de 52 metros de altura, y que no puedo fotografiar enteramente por la estrechez de las callejuelas colindantes. De sorpresa en sorpresa voy rodeando este bastión aterrador de 15.000 metros cuadrados de superficie, hasta desembocar en la *Place du Palais*, ancha y larga, donde se puede disfrutar de una visión inolvidable: la Catedral de Notre Dame des Doms y el Palacio de los Papas dan a esta plaza una monumentalidad mágica que tendré siempre en mi recuerdo. En esta gran plaza se está celebrando, en estos días, el XXIII Festival de Aviñón, festival musical, teatral y cinematográfico, por todas partes anuncios del Theatre du Soleil, que representará «Les Clowns»; del Theatre universitaire de Mulhouse, con las obras de Arrabal, «Oración» y «Los dos verdugos» y en los cines «L'amour fou» y «Theoreme» de Pasolini...

Pero la gran sorpresa de aquella noche memorable, la tuve poco después, de regreso a mi alojamiento, en la moderna y céntrica *Place de L'Horloge*, donde está el Ayuntamiento y el Banco de Francia, entre los destellos de los anuncios luminosos de las salas de fiesta de vanguardia como *Le Ric-Rac*, *La Civette*, y *La Grille...* Allí junto a un monumento conmemorativo de una efemérides, para mí desconocida, fechada el 19 de Julio de 1891, me encontré con el más inesperado acaudalado. Centenares de «hippies» tenían allí su extravagante campamento. Parecían una turba de zingaros, algunos llevaban pequeñas velas para alumbrarse mostrando unas acuarelas desvaidas que pretendían vender. Otros exponían collares y cinturones metálicos y grandes medallones o colgantes de dudoso gusto... Allí vi las melenas más aparatosas y peor cuidadas de toda Europa. Su vestimenta era desigual y desconcertante..., blusones de color violeta o bermellón rabioso llenas de encajes, camisas a las que voluntariamente se les había arrancado una manga. Vi también individuos con pantalones rasgados desde la rodilla en multitud de flecos, calzados con sandalias frailunas, sin calcetines, otros

iban descalzos y hasta con los pies sucios. Los más adornaban alguna de sus orejas con grandes aretes, igual que aquellos bucaneros del siglo XVI. Les había caído encima la tormenta ya pasada, y soplaban un airecillo fresco, que les hacía tiritar; sin embargo tenían desabrochada totalmente la camisa, solamente un pequeño pañuelo de seda anudado al cuello, que les cubría sumariamente la nuez... También había «hippies» del sexo femenino, chicas jóvenes y bonitas, abundando las rubias, que al oír los rasgueos de las guitarras se ponían a bailar desenfrenadamente haciendo extraños movimientos... y muchos perritos atados con cuerdas a los que acariciaban y besuqueaban en la boca...

Estuve largo rato curioseando entre ellos, hasta que un «hippie» paliducho y de barba rala, me ofreció su mercancía:

—Un bello collar, para el señor de la chaqueta...?

—No... no... *pas moi, pas moi!* —le contesté y se retiró sin insistir.

Al marcharse, me quedé pensando en su frase. Me había llamado «señor de la chaqueta» para distinguirme. Miré cautelosamente a mi alrededor, y efectivamente nadie llevaba esta prenda de vestir, posiblemente, aquí yo era el único extravagante, el raro. Me alejé de aquella muchedumbre abigarrada, carentes de prejuicios. Apresuradamente regresé a mi hotel —en la *rue Carnot*—, pues estaba muy necesitado de descanso.

J. A. OLIVER MARCOS

Villars-Chesieres. Cantón de Vaud. Suiza. Agosto de 1969.

Ideario Extremeño

¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!

¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN

PRESENTACION

El año 1953 y con motivo de cumplirse su 460 aniversario se celebró en las Escuelas Nacionales un concurso sobre la CARTA DE COLON ANUNCIANDO EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.

Las Escuelas recibían una reproducción en facsímil tamaño natural del texto original impreso en Barcelona por Pedro Posa en 1943, con este pie: «EDICION ESPECIAL DEDICADA A LAS ESCUELAS NACIONALES POR D. CARLOS SANZ Y LA EMPRESA HAMSER Y MENET».

Uno de los premios nacionales lo ganó la Escuela de Cuacos de Yuste, por el magnífico trabajo que me hicieron los niños Jesús Rebollo, Marcelo Hernández y Juan Jiménez, dirigidos por el Maestro don Eustasio López Jiménez, el ahora popular corresponsal de radio en Valencia de Alcántara.

Este fue nuestro primer contacto con don Carlos Sanz.

Más tarde en una de mis repetidas visitas al Museo de América, su ilustre directora doña Pilar, viuda de Ferrandi, que siempre nos recuerda alumnas de su marido y apasionada de sus Museos, me dijo: «Hoy la vamos a enseñar algo que todavía no está abierto al público; La sala de Carlos Sanz». Con María Rosa, una de las gentiles licenciadas en Historia de América, agregada al Museo, pasé la mañana con don Carlos que está allí en una reproducción fotográfica moderna pero de mucho menos empaque de lo que él merece (pues él merecía que le hubiese retornado el Greco), rodeado de sus tesoros: sus mapas y los dibujos y documentos de la expedición MALAESPINA, valorados en muchos millones y por él generosamente donada a España.

Doña Pilar, que también tanto le admira y le estima, me dijo: «Escribale, o mejor vaya a saludarle, le dará una gran alegría». Así fue como yo conocí personalmente a don Carlos Sanz. Ahora la revista «ALCÁNTARA», bajo la dinámica y acertada dirección de Gutierrez Macías, honra sus páginas publicando uno de sus últimos trabajos y que como otras muchas de sus cosas nos envía, como ofrenda a los niños y homenaje a la gran Extremadura; o los hombres extremeños que recorrieron palmo a palmo la portentosa geografía cuyos mapas él ha reeditado y comentado con tal competencia y amor que le han situado en uno de los primeros, sino la primera autoridad en la Cartografía de los Descubrimientos Geográficos del mundo, de un modo especial los que nacieron